

LA PARENTELA III

la concertista era un personaje distinto
y era también la tía soltera que nos llevó a las tandas
y a los parques porque no podía hacer otra cosa

era un personaje distinto
pero su fama no trascendió los límites del barrio
de la misión bautista o de alguna fiesta en la semana
siempre tocaba los claros de luna
entre los mismos aires y las mismas emociones
como si alguien la fuera destruyendo
sobre el piano de segunda clase.

tan sólo ella sabía ponerse un prendedor sobre el hombro
con un gesto de animal cuidado.

pero su fama no trascendió la lucha histórica con el abuelo
nuestro primer semental que atado a su sillón de mimbre
apelaba a cierta razón inhumana
a cierta lógica y costumbre de fin de siglo
en aquel pueblo contra todo escándalo.

IV

la frente guardaba al hijo muerto
como un objeto demasiado valioso

para enseñarlo a las visitas.

y así nos fue guardando a todos
nos fuimos quedando de la línea de la puerta hacia adentro
sujetos al calor fácil y a la impenitencia
ignorantes de los sitios de la vida
donde se puede aventar la ternura.
y dice que la frente se le hizo una arruga
por culpa de todos
que se le hizo íntegra un dolor de cabeza por nosotros
que no fuimos capaces de conocer el riesgo
ni la responsabilidad tremenda de ser violentos
en la más grande y general huida de su lado
eternos e inmóviles desde lo más congénito
construidos para esa quietud.

DEL ESCRIBANO Y SU INVENCION

2

el joven que ignorante
besa la mano de la señora con sus cabellos
teñidos de una remota clarividencia
parece que le hubieran comunicado
la orden de abandonarlo todo.
está en vilo, rechaza la misa obispal
fugándose de cuanto le rodea
y no le basta ya el contacto con la más joven
con la realmente apetecible.
se inaugura a sí mismo
(todo en favor de la señora) y entra
a formar parte de un conocido triunvirato amoroso.
él es el elemento tercio.
y no puede evitar que el cuerpo sepa más de la vida
con esa prohibición sin gusto
con ese encuentro menos definitivo.
su cara envejecerá como un estuario.

4

“ay amor las tardes me persiguen todavía”
—de una canción de Pablo Milanés.

cuando mi vejez detenga el tiempo cargado de una brisa
que haya perdido el espíritu que conmueve las hojas
que arrasa la sequedad de los depósitos vacíos
toda será real para entonces
no seré el pedazo húmedo que espera sin descanso la llegada del joven
[dominguero
(ese que acude a la cita convencional
con el traje lleno de flores silvestres)
más bien seré como los cuerpos imprecisos
con el amarillento significado de un libro
[cualquiera
tal vez alicia en el país de las ilusiones
un buen hombre apegado al gentío
que conoce el peligro de las calles
cuando los automóviles destrozan el viento.
llevaré el pecho roído por tantos cadáveres y memorias:
mi cabeza en tus hombros imaginarios vestidos
[de milicia
yo corriendo por una calle para encontrarte en
[la feria
las tardes de las primeras audacias.
cuando mi vejez detenga el tiempo
estas cosas serán como recuerdos o crímenes
la gran puerta amor mío para la resignación.

LA ETAPA VII

la energía industrial es de todos modos mi siglo.
que el sordo ajeno a la bulla de los animales
al rastreo de los pies sobre el polvo dormido
pegajoso por escupitajos intermedios
se detenga y mire la luz perfectamente honda
sobre el objeto estático de la vidriera
es cosa de otras regiones.

el ruido sigue siendo el cabecilla

el primer general,

nosotros conducidos

a la batalla humana de tratar de conocernos
en medio de cláxones de jardines alienados

y bicicletas imprudentes

sabiendo que existe el enemigo íntimo

el vendido al traspatio

y aún más sabiendo

que la revolución de acuerdo a cierta dialéctica

a cierta esperanza cuenta con estos hombres

y que encima la energía industrial el ruido

el corazón a boca de jarro no se detienen.

(cuánto hay que andar todavía, señores,
crecer y multiplicarse.)

